

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 6423 A. - BARCELONA

J. Motta Impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 307

25 Cts.



**LAS DE
MÉNDEZ**

POR
CARMEN VIANCE
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAONE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 307



LAS DE MÉNDEZ

Sentimental producción nacional, interpretada por
CARMEN VIANCE, señor FERNÁNDEZ DE
CÓRDOBA, JAVIER RIVERA, señora ESPEJO,
LYNA MORENO, ISABEL ALEMANY,
señor CORCUERA, señor VERGER, &

EXCLUSIVA DE

SELECCIONES CAPITOLIO
S. HUGUET  CAPITOLIO
S. HUGUET Provenza, 292

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CAROL DEMPSTER

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

J. HORTA, impresor, Cortes, 719 - Barcelona

LAS DE MÉNDEZ

Argumento de la película

En el Guadarrama, la sierra que purifica el aire de la capital de España, había un sanatorio. En él recibían asistencia gratuita varios enfermos atacados de traidora dolencia. En aquella atmósfera embalsamada y clara, los pulmones se tonificaban adquiriendo de nuevo la salud.

Y allá, en las afueras de Madrid, una gran fábrica proporcionaba al humilde medios de vida. Centenares de trabajadoras laboraban en las inmensas naves llenas de maquinaria. Las chimeneas con su constante humo gris parecían la respiración de aquella industria.

Ambas instituciones se debían al Excelentísimo señor don Luis de Gerona, Vizconde de Moncada, a quien sus mayores legaron una gran fortuna al mismo tiempo que una terrible enfermedad que minaba su organismo. Hombre joven, espíritu caritativo y amable, pasaba la vida haciendo el bien, pero se hallaba atormentado por una dolencia que sin cesar le molestaba con sus golpes de tos.

Cierto día, en una de las calles más céntricas de Madrid, al cruzar el arroyo, fué atropellado por un automóvil un joven obrero.

Esta desgracia fué más de lamentar porque aumentó la miseria de un hogar humilde. Juan, el muchacho herido, era el único sostén de su madre, una pobre vieja sin otro amparo que él. Al ser aplastado bajo las ruedas del *auto* y conducido al hospital, dejó el trabajador de percibir su salario y la miseria se enseñoreó de la casucha obrera.

De la triste situación de aquella familia tuvo pronto conocimiento don Luis Gerona. Y como siempre que se trataba de una pena, allá apareció con su consuelo amoroso. Ordenó a su secretario que visitase a la madre del herido y también a éste entregándole doscientas pesetas para los gastos de sostenimiento y curación. Y con el espíritu de generosidad de los verdaderos próceres le prometió para cuando estuviere bien algún trabajo en la fábrica.

Durante todo el tiempo de curación el señor vizconde no desatendió al obrero hasta que un día, ya éste restablecido del todo, acudió a dar las gracias al generoso protector.

—¡Dios le bendiga a usted, señorito! ¡Por usted vive mi vieja, por usted vivo yo!

—Gracias, Juan... Ya que careces de trabajo, voy a colocarte ahora en mi fábrica. ¡Te ofrezco un buen chico y supongo sabrás hacerte querer!

Y el muchacho quiso besar la mano del noble con transportes de júbilo y gratitud. Ilustre protector, Juan se convertía en su criado humilde, en su servidor y en su abnegado. Desde el día siguiente Juan ocupó un puesto ante una de las máquinas de la fábrica, procurando hacerse digno de la confianza del aristócrata.

Su reconocimiento, su cariño hacia el vizconde

más allá de los límites del estricto deber. En las largas noches de invierno y de gravedad de don Luis, cuando éste se agitaba en la alcoba dolorido por aquella tos pertinaz que surgía de su pecho seco, Juan le velaba solícitamente, atisbando todos sus movimientos y atendiendo a su más ligera llamada. No era el simple obrero de la fábrica, sino el criado que vela todos los pasos de su señor.

—Allá en la otra parte de Madrid, en un humilde piso vivía la familia Méndez, constituida por la madre, doña Gertrudis Castejón, viuda de Méndez, pensamista del Estado, y sus tres hijas, Julia, romántica y soñadora, Irene, la más moderna de las frías hermanas, que practicaba los deportes, era lisa con un cuerpo casi varonil y llevaba el peinado a lo más exagerado charleston, y Soledad, una mujer. Así, en ningún otro ambiente, una mujer con todas las bellezas que Dios puso en el alma del perfecto femenino.

Como tantas otras familias de la clase media, su única ocupación era el cotidiano paseo por la Castellana o por Recoletos.

Los pollos para de la capital las conocían de vista. No faltaban ninguna tarde al paseo. Julia e Irene iban delante, asateando con sus miradas a los jóvenes galanes que buscaban una conquista, y detrás, muy modestas y quietas, doña Gertrudis y su hija Soledad.

En las sillas de Recoletos las esperaba Celedonio Gutiérrez, hijo de Julia y empleado en Hacienda, y el célebre Perucho, deportista último modelo, amigo, nada más, de Irene.

En la agradable compañía pasaban las de Méndez, hasta cerrar la noche. Julia y Celedonio se arrullaban, habiéndose al ordo, diciéndose los mil ensueños y fantasías de que son capaces los enamorados.

Perucho explicaba a Irene los incidentes del partido de futbol o las rarezas de tal jugador, matizando la conversación con léxico peculiar entre los chicos modernos. Irene reía de buen grado con el trato de aquel amigo frívolo e insubstancial.

Unicamente Soledad parecía hacer honor a su nombre. Sí, estaba sola, aislada de sus hermanas, protestando íntimamente de tanta tontería. ¡Ay, de sus hermanas ninguna tenía de la vida un concepto serio! Julia, demasiado romántica y calenturienta para acercarse nunca a las realidades del momento; Irene, sin otra preocupación que la gimnasia y el cultivo de la línea geométrica de su persona...

Y sin embargo, había motivos más graves para preocuparse, aunque fuera ligeramente, del problema del vivir.

En la casa de las de Méndez no había otro ingreso que la pequeña pensión de clases pasivas. Con aquella renta escasa tenían que vivir las cuatro mujeres. Y como la vida era cada vez más cara y ellas querían vestir bien y tener varios vestidos para dar envidia a las otras paseantes de Recoletos, el dinero no llegaba muchas veces para las necesidades de la alimentación.

Algunas noches la cena se terminaba apenas había comenzado. Y las muchachas se acostaban sin probar casi bocado, pero contentas por el sombrero hecho en casa o por los cuatro perifollos que habían estrenado el día anterior.

—Esto no puede seguir así... hay que poner remedio — se decía Soledad, que prefería a los vestidos una comida sana y abundante.

Cierta noche, como muchas otras veces, una sopa y un plato de judías fué el único yantar nocturno.

—Hoy no ha habido para más, hijas mías — dijo

doña Gertrudis con la resignación fatalista de la costumbre.

Las muchachas no contestaron, indiferentes, pensando cada una en el novio que tendría que salvar algún día la situación, y se fueron tranquilamente a



— *Hoy no ha habido para más, hijas mías...*

acostar. Soledad fué una excepción en la callada actitud.

Irene, con su pyjama y el cabello cortísimo realizó algunos ejercicios acrobáticos antes de entregarse a Morfeo, y Julia continuó la lectura de una novela romántica que había dejado interrumpida ya otra noche. Soledad, sentada en la cama, pensaba en el dolor de aquella familia...

¡Siempre en la miseria... sin poder cenar... o comer... siempre aquella rutina! ¿Y era posible que

allí hubiése tres muchachas sanas que podrían trabajar, emplearse, ganar dinero?

¿Por qué no? Cogió febrilmente un periódico y leyó varios anuncios que solicitaban empleadas y mecanógrafas. Tomó una resolución. Iría a solicitar un empleo... Pero no se atrevió a indicar a sus hermanas que hicieran lo mismo, comprendiendo el orgullo y la indignación con que éstas recibirían su propósito...

Y Soledad se durmió tranquila, pensando en la nueva vida que iba a comenzar mañana...



Al día siguiente, antes de las nueve, Soledad abandonó su casa. Nadie se enteró de su salida. Todas dormían aún...

Soledad se perdió por primera vez, a aquella hora, entre la agitación de la ciudad que trabaja y va febril a su obligación. Y aquel día le pareció distinto Madrid... Había más movimiento, más ahogo, más infierno...

Llegó a las señas de un anuncio, cierta casa comercial que necesitaba una mecanógrafa. En la antesala encontró algunas muchachas que se hallaban en la misma situación que ella.

Soledad, con su aspecto de señorita tímida, ocupó un turno entre las aspirantes, que miraban irónicamente a aquella mujer de modales finos.

Allí aguardó Soledad, firme en su idea y en su lucha con su corazón. Tuvo que esperar largo rato, mientras las aspirantes iban desfilando hacia el despacho del director.

A media mañana le tocó el turno. Y a aquella mis-

ma hora justamente se despertaban Julia e Irene, extrañando la insólita ausencia de su hermana. ¿Dónde habría ido? ¿Algún novio?... Y se sonrieron a la alegría y al goce de vivir, mientras su madre, doña



—¿Sabe mecanografía?

Gertrudis, en la cocina condimentaba la escasa comida de mediodía.

Con una timidez y una vergüenza invencibles, Soledad entró en el despacho del director a solicitar el empleo.

Con ademanes bruscos, exacerbado por las continuas visitas de aquella mañana, le preguntó el gerente:

—Bien... usted viene a solicitar el empleo... ¿no?... ¿Sabe mecanografía?

Soledad, víctima de la educación tan peculiar en

la clase media de educar a las hijas sin ningún conocimiento práctico, movió la cabeza negativamente. ¡No, no sabía!

—¿Y contabilidad?...

En voz baja, como si le ahogara el rubor, contestó:

—Tampoco...

—¿Idiomas? — continuó en tono cortante el comerciante.

La joven vió el cielo abierto... Conocía un poco el francés, aprendido mal en una escuela de monjas.

—El francés lo conozco algo...

—Pues si no sabe usted más que eso... ¿qué viene a pretender aquí? ¿Ha creído usted que eso es una escuela? ¡Qué ganas de perder el tiempo!... ¡Ea, no podemos hacer nada... nada...!

Se levantó y Soledad, murmurando palabras de excusa, se alejó tristemente, comprendiendo entonces la melancolía de su situación.

Al salir a la calle todo le pareció más triste aún... "Si no sabe usted más que eso... ¿qué viene a pretender aquí?"... Aquellas palabras no las olvidaría ella tan fácilmente.

Una sensación de abandono, de silencio, la desalentó. "Papá, papá muerto, ¿por qué no supiste dar a tu hija una manera honrada de saber ganar el pan? Y tú, mamá, ¿por qué no me ayudaste?... Me enseñaste a arreglarme, a parecer bonita... pero nada más... Y ahora, en el instante supremo, ¿cómo luchar con éxito contra la miseria?..."

Fué caminando con una tristeza fatal que la hacía llorar... Y por contraste, el sol parecía ahora más hermoso, una lluvia de oro penetraba como un anuncio de vida en todos los rincones...

Con el periódico en la mano consultó otras direc-

ciones y fué a continuar camino adelante aquella peregrinación.

Un joven elegantemente vestido la contempló con ojos en que anidaba una sombra de piedad. Pobrecita mujer joven, ¿por qué lloraba? ¡Qué mal caballero era aquel que había hecho derramar lágrimas a una niña tan bonita!

El desconocido, movido a curiosidad, se acercó lentamente a la muchacha. Era el vizconde de Moncada, alma aristocrática por la sangre y por el corazón.

—Perdóneme, señorita — preguntó, después de quitarse el sombrero — ¿Le sucede a usted algo?

Ella, turbada, murmuró:

—Nada, señor, una china que se me ha metido en el ojo... ¡Gracias!

Y continuó avanzando, ahora un poco más aprisa, como si quisiera ocultar su pena.

Don Luis conocía demasiado el llanto para saber de verdaderas lágrimas. No, no era ninguna causa pasajera lo que producía el dolor de aquella criatura. Y lleno de repentino interés la siguió lentamente, queriendo averiguar lo que ocurría en aquel pobre corazón.

Soledad visitó todavía dos o tres casas de comercio, siendo rechazada al enterarse de que no tenía experiencia mercantil. Y de cada una de estas visitas regresaba más amargada, como si se fuera cerrando a su alrededor un círculo de pesimismo.

Y a aquella misma hora, Irene y Julia se hacían las "toilettes" respectivas. Julia se peinaba con una parsimonia suave; la otra, rápida, sujetando el cabello liso como el de un mozo.

Soledad iba a volver desalentada a su casa... Su propósito de colocarse había fallado completamente. ¿Qué recurso le quedaba pues, para hacer frente a la pobreza?

—En todas partes lo mismo; no se dijo en voz baja—, no sé nada... no sirvo para nada...

El vizconde la seguía a pocos pasos... Escuchó aquella palabra y se conmovió. ¡Ah, iba comprendiendo! ¡Pobre mujer!

Soledad arrugó entre sus manos la hoja de periódico y lo tiró al suelo... ¡Había perdido toda esperanza de colocarse! Tendría que buscar otros oficios más humildes, pero menos acordes con su condición de señorita...

El vizconde cogió el arrugado papel y desdoblándolo vió que era la hoja de demanda de empleo. Ya no tuvo duda entonces de la verdad de sus sospechas.

Aquella pobre joven necesitaba trabajar tal vez para salvar a los suyos del infortunio...

Y Luis de Gerona, espíritu eternamente caballero, se acercó de nuevo a Soledad.

Esta le miró con extrañeza, sorprendida por la persecución.

—Le ruego me perdone por segunda vez, señorita. Me han dicho que busca usted colocación y yo puedo proporcionársela. Si usted quiere, puede ir esta tarde a estas señas.

Y le entregó una cartulina con su nombre y su dirección.

Ella cogió la tarjeta y balbució unas palabras... Estaba desorientada. Y Luis, con el fino tacto que caracteriza a los hombres superiores, saludó correctamente y se alejó. No quería sostener con ella una dolorosa conversación en la calle. Deseaba evitarle esta humillación.

Soledad le vió desaparecer con el alma llena de extraños pensamientos, sin meterse a averiguar cómo aquel elegante caballero conocía sus necesidades. Y con repentina confianza, como si de pronto el

optimismo hubiera mostrado su faz ubérrima, volvió al hogar, pensando ir por la tarde a la dirección indicada.

Nada dijo a los suyos de su gestión matinal. Había ido a misa, a ver unas amigas, a contemplar escaparates. Doña Gertrudis y las hermanas no se tomaron la molestia de preguntarle más... Otras conversaciones les interesaban: el novio de Fulanita, el vestido de Zutanita...

Y aquella tarde, como todas, salieron las de Méndez a excepción de Soledad que no se encontraba con ánimos de paseos. Sus hermanas, alegres y pizpiretas, sin preocuparse nunca del porvenir, viviendo mal, iban hacia Recoletos a pasar la tarde en aquella feria barata de vanidades.

Aprovechando la ausencia de la familia, Soledad fué a casa de Luis de Gerona, un palacio situado en la Castellana.

La tarjeta del vizconde le permitió introducirse hacia el jardín donde se encontraba don Luis. Un criado, presuntuoso, la acompañó hasta el aristócrata. Y éste recibió cordialmente a la casi desconocida.

—Me alegro de que haya usted venido, porque la esperaba...

Soledad no quiso cultivar el equívoco y antes de tener otro fracaso como el de aquella mañana, confesó su inutilidad para el trabajo de oficina.

He de advertirle, caballero, que yo no sé nada; solamente sé que... debo trabajar.

—Tengo dos vacantes — respondió él, conciliador—; una de enfermera en mi sanatorio del Guadarrama y otra de empaquetadora en la fábrica. El sanatorio está fuera de Madrid. Usted dirá lo que prefiere.

—Desde luego — respondió Soledad con alegría—,

prefiero la plaza de enfermera porque cuidar enfermos es cosa que sabemos todas las mujeres.

—Me alegro mucho. Tiene usted cara de bondad... de mujer santa...

—¡Oh, muchas gracias... es usted muy amable conmigo!...

Y con la repentina intimidad del afecto ella contó a grandes rasgos su situación y la de su familia. El movía la cabeza, comprendiendo... ¡Esas familias que relucen por fuera el oro de la ostentación y bajo su capa aparece la ceniza de la pobreza...!

—Usted puede tener en el sanatorio una cosa fija... una situación de porvenir...

—Procuraré hacerme digna de su confianza.

Se despidió de él, con el alma radiante. Al día siguiente iría a tomar posesión de su cargo... Sentía una gran amplitud en el corazón... ¡Abandonar Madrid, cambiarlo por el aire puro, con emanaciones yodadas, de la sierra! ¡Qué dicha!

Cuando abandonó el palacio, le pareció que todo era más alegre que por la mañana. ¡Noble don Luis de Gerona! ¡Cuán agradecida le estaba!... No parecía gozar de mucha salud el vizconde. Había tenido que interrumpir con frecuencia la conversación por la tos que le sofocaba.

Aquella noche, cuando Soledad anunció a los suyos su resolución, hubo en casa de las de Méndez una escenita inolvidable y ridícula.

—Trabajar una Méndez ¡qué horror! — exclamaba Julia como si por sus labios hablaran las cien generaciones de su apellido.

—¡Qué dirán de nosotras! — murmuró Irene ofendida.

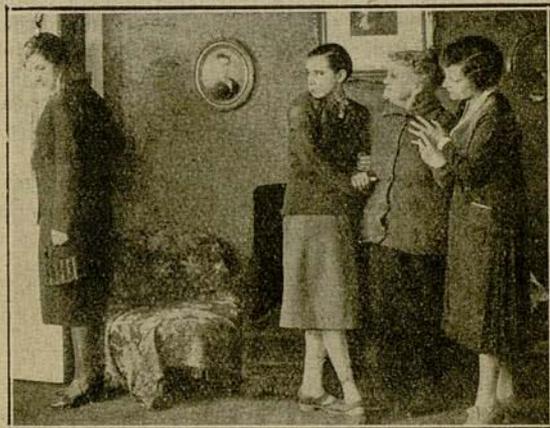
Doña Gertrudis callaba, luchando entre la generosidad del acto de su hija y las protestas de las

hermanas que se sentían ofendidas ante el mundo, de aquella colocación.

Sin perder la serenidad, Soledad dijo:

—¿Tú qué opinas, mamá?

—Soledad, hazte cargo — dijo apurada doña Gertrudis—. Yo pienso que las niñas llevan razón...



—Trabajar una Méndez, ¡qué horror!

¿Qué se dirá de nosotras? Es cierto que ahora pasamos nuestras privaciones; pero si os casáis, todo cambiará y las de Méndez no habremos de pasar por la humillación de hacer el ridículo ante nuestras amigas.

—No nos entenderíamos, madre. Es inútil que sigamos hablando... Estamos viviendo sobre una farsa y yo deseo terminar con ella. Aunque creáis que ha-

go una tontería, mañana tomaré mi empleo, quiero trabajar, quiero ganarme la vida...

—Si te empeñas en cometer tal desatino, no vuelvas a casa... — le gritó doña Gertrudis, repentinamente furiosa.

La escena fué violenta y todo salió a relucir allí. Irene y Julia fueron a su cuarto protestando contra la hermana mayor que las iba a poner en ridículo ante todo Madrid, destruyendo el prestigio de la familia. Doña Gertrudis, mujer sin voluntad, había dado la razón a sus dos hijas menores. Desgraciada, ¡iba a poner en evidencia la pobreza de las de Méndez!

Y únicamente Soledad se mantenía firme, dispuesta a acabar de una vez con la miseria dorada que la envolvía...

Al día siguiente, Soledad, habiendo roto definitivamente sus relaciones con su familia, marchó expulsada casi por doña Gertrudis al sanatorio del Guadarrama, siendo una enfermera más en aquel recinto saturado de las puras esencias de una Naturaleza fuerte.

Rápidamente se hizo querer del director, de los médicos, de las compañeras, de los enfermos por la bondad de su carácter y el cuidado amoroso de su trato. Todos se disputaban su compañía, y Soledad, vestida de blanco, iba de una sala a otra y de una galería a otra, dispuesta a enjugar una lágrima o a prodigar un oportuno consuelo.

¡Era toda una señorita! Su voz tenía la tonalidad de una campanita de gloria, y sus palabras derramaban

la serenidad apacible del amor. El sanatorio había hecho una adquisición importante.

Un día, don Luis de Gerona giró una visita al sanatorio y lo hizo acompañado del obrero Juan.

Saludó a las enfermeras y al director, y de un modo particular a Soledad.

Juan clavó los ojos en aquella muchacha, y sintió, sin saber por qué, un sobresalto en el corazón. ¡Qué bonita era!

Cuando ella desapareció, el director habló al vizconde:

—Ha sido un verdadero acierto la colocación de esta muchacha. No sabe usted lo que la quieren los enfermos...

—¡Oh, estoy contento, me lo figuraba!... Pero hablando de otra cosa, quiero instalar una máquina y es necesario buscar sitio para la caldera; por eso le traigo a Juan. El permanecerá aquí los días que sean necesarios...

Recorrieron algunas estancias del sanatorio saludando exquisitamente el vizconde a los enfermos. Al fin y al cabo él era un enfermo más. Tenía que permanecer en Madrid, pero sus pulmones hubieran necesitado del beneficio de la sierra.

Aquella tarde, al marcharse y despedirse de Soledad, el vizconde la dijo:

—Tengo las mejores referencias de usted...

—Son tan amables todos ustedes...

—¿Le gusta el sanatorio?...

—¡Me encanta!... ¡Qué aire este!... ¡Cómo le dan a una deseos de vivir! ¡Oh, señor vizconde, nunca podré pagarle lo que usted ha hecho por mí!

Algo pensó el vizconde que le hizo estremecer. Una sombra pasó por su imaginación y se despidió presuntamente de Soledad.

Luego, en el camino de retorno, se hizo la misma

pregunta. ¿Era posible? ¿El, enamorado de Soledad? Bah, rechazó con tristeza este pensamiento... Luis era un enfermo, un pobre doliente condenado a no poder casarse... ¿Por qué levantar ilusiones en la atmósfera impalpable de lo imposible?

Entretanto, en Madrid, la vida continuaba en la casa de las de Méndez con el mismo desorden de siempre.

A doña Gertrudis y sus dos hijas, mientras la pensión alcanzase para vestir relativamente bien, no les importaba irse a dormir muchas veces casi sin cenar. Lo importante era lucir los cuatro trapitos, los sombreros que tenían fatalmente señalada su procedencia casera.

Lamentaban la separación de Soledad y no querían saber nada más de ella... Ignoraban realmente dónde se hallaba, pero estaban seguras de que era fuera de Madrid. Esto les consolaba en medio de todo. Lejos de la capital, las distinguidas amistades madrileñas no se enterarían del ridículo trabajo de la muchacha.

Cierta tarde, Celedonio Gutiérrez, el novio de Julia, habló desde la calle con la chica, que estaba asomada al balcón.

—Cele mío — le decía ella—, esta tarde vamos al partido de fútbol del Stadium...

Gutiérrez respondió, alterado por los costosos precios de las localidades de fútbol:

—¡No seré yo el que os acompañe! ¡Espectáculo bárbaro, contrario por completo a mi psicología!

—Mi hermana Irene tiene mucho interés — dijo Julia—. Perucho juega de portero y nos ha regalado las entradas contando contigo.

El corazón de Gutiérrez, pequeño como su bolsillo, se ensanchó. ¡Si no había que desembolsar efectivo metálico!...

—En ese caso... no debo cometer una incorrección — dijo.

Y aguardó pacientemente a que saliera Julia con doña Gertrudis y la cuñadita Irene.

Poco después se encaminaba al Stadium aquella familia de las de Méndez con su "futuro imperfecto", dispuesta a gozar de las proezas de los jugadores.

En el campo, el partido de fútbol entusiasmaba a los espectadores. Al lado de Irene había un pollo que era del partido contrario a Perucho. Y cada vez que éste fallaba alguna pelota, el joven lanzaba gritos de contento, que hacían rabiar a la deportista muchacha.

Y los ánimos se iban caldeando de tal modo, tanto subieron las atmósferas, que al fin estalló la tormenta.

Cierta vez que Perucho fué atropellado por unos delanteros del equipo adversario, el pollo gritó:

—¡Acabadlo de matar!... ¡Pronto!...

Irene no pudo contenerse más, y majestuosamente le dió un formidable bofetón.

El pollo cayó sobre el asiento, rojo de dolor, sin poder creer que tan fuerte golpe partiese de blancas manos.

Su vecinita le miraba altiva, dispuesta a repetir la suerte.

El joven se enfureció. ¿Era posible que aquella mujer fuese la del bofetón? Pero no atreviéndose a contestar a una dama en la misma forma, comenzó a murmurar algunas palabras muy feas para algún allegado de la agresora, lo que motivó que Celedonio, bien a su pesar, no tuviera más remedio que intervenir.

—Oiga usted, pollo... guarde el debido respeto a la mamá de esta señorita.

—¿Usted responde de lo que ella ha hecho... so bruto? Pues tenga mi tarjeta...

Y le propinó un terrible puñetazo en la nariz y en la boca, cayendo luego sobre él con la furia de un hombre ofendido... Armóse una bronca de plaza de toros o de... futbol... Tuvieron que separar a los contendientes... Y el jobre Celedonio, con el ojo amoratado y unos dientes rotos, se convenció de la brutalidad de la fiesta. ¡Por algo él había calificado de bárbaro el espectáculo!

Las de Méndez tuvieron que regresar a casa con el novio contusionado.

Celedonio era un hombre flacucho, de peso "mosca". Y de resultas de aquella discusión, el empleado decidió alternar la educación espiritual con la física, poniéndose en manos de Perucho para ser adiestrado en el difícil arte de "hacerse respetar".

Sufrió algunos días las consecuencias del entrenamiento, golpes, duchas, porrazos... y para postre un resfriado como premio a sus intentos de atleta. Decididamente no servía para ello. Toda su fuerza estaba en su espiritualidad, al contrario de Perucho, que la tenía en los pies.

Y mientras, allá en el sanatorio, Juan continuaba la labor encomendada por don Luis, de instalar una caldera.

A Soledad no se le habían olvidado aquellas palabras del hombre de oficina: ¿Sabe usted mecanografía? Y en los ratos que sus obligaciones se lo permitían practicaba en una máquina que había en el sanatorio.

En una estancia contigua trabajaba Juan. Y esta era la causa de que se vieran muy a menudo.

Soledad trabajaba en la máquina, perfeccionándose en los ejercicios, y Juan daba los últimos toques a la instalación de la caldera.

Algunas veces al terminar él el trabajo, iba al encuentro de Soledad y los dos hablaban largamente, sintiéndose atraídos uno hacia el otro de un modo extraño y fatal.

El rudo aspecto de aquel obrero, cuya única idea era el cumplimiento del deber, llevaba a Soledad a interesarse por él, a parecerle aquel hombre superior a los "pollos fruta" que había tratado en Madrid. Soledad admiró en Juan al hombre y Juan admiró en Soledad a la señorita. Y los días de convivencia en el sanatorio sirvieron para que una estrecha amistad les uniera con honda simpatía.

Pero un día terminó el trabajo y fué necesario regresar a Madrid. Y el obrero se despidió en una terraza del sanatorio, de la enfermera.

—Nunca olvidaré el tiempo que pasé aquí — decía él—. ¡Y menos a usted, que ha sido tan buena para conmigo!

No se atrevía a decirle más. Pero los ojos hablaban con silencio elocuente, magnífico...

Y en aquellas alturas donde la pureza del aire daba fuerza vital a las naturalezas débiles, brotó el amor, puro como el aire de las montañas, libre de prejuicios sociales que le contaminen, santo como todo amor verdadero.

—Voy a marcharme... ¡qué pena! — decía Juan.

La mano de él buscó la de la muchacha y la acarició lentamente, volviendo luego a retirarla con timidez... Ella, sonriente, habló:

—Tampoco yo me olvidaré de usted... ¡tan interesante!...

Y ahora fué la mano de ella la que por detrás de su cuerpo, apoyado en la balastrada, buscó la de Juan, estrechándola cariñosamente.

—Señorita Soledad — dijo el obrero, turbado—, si yo me atreviese... si yo pudiera decirle...

—Dígame sin temor — respondió ella, adivinando.

—Soy tan poco para usted, señorita... ¿Cómo habré puesto los ojos a tal altura? ¡Qué desdichado soy!... ¡La quiero con amor imposible!...

—Juan, no diga usted esto — le interrumpió ella dulcemente—, usted es un hombre trabajador... siga luchando... cumpliendo con su deber... y ¡quién sabe!...

Y le dió a besar la mano con un gesto de amor. Juan sintió que se le humedecían los ojos de alegría.

—¡Luz de mi vida, Soledad... qué feliz soy! Me ha dado usted una esperanza de amarme...

Y aquel día, al marchar, ya no abandonó el sanatorio con melancolía, sino con la alegría de que allí había dejado a alguien que se interesaba por él. Y recorrió alegremente el camino de la estación, saludando a su enamorada que desde la azotea, con un pañuelo blanco, le decía adiós...

La muchacha quedó alegre... ¡Amar... amar! ¿Qué importaba que Juan fuese un obrero si las diferencias de educación las salvaría el alma?

Era preferible un honrado menestral a un sér inútil como los señoritos sin profesión ni carrera, sin otro título que la gracia chabacana de sus palabras.



En Madrid, Irene, todas las mañanas seguía ejercitándose en los deportes, fiel a las teorías de su amigo Perucho.

Pero los sports ingleses exigen una alimentación que no tenía la madrileña, y fué la higiene contraproducente.

Y una mañana, mientras jugaba un partido de tennis, le sobrevino a la muchacha un vómito de sangre.

Trasladada a su domicilio, obligada a guardar cama, el médico diagnosticó:

—Es un principio de anemia pero que puede ser



.. una mañana, mientras jugaba un partido de tennis...

un paso a la tisis. Reposo absoluto y una sobrealimentación...

La madre quedó horrorizada.

—¡Una sobrealimentación! ¡Hija de mi alma!

¿De dónde sacar el dinero para los manjares caros que exigen los enfermos, si apenas tenían para vivir?

Y doña Gertrudis abrazó a su hija, pensando por primera vez en el fondo tosco de su corazón, que

quizás había hecho mal en no dar a sus hijas un modo de ganarse la vida que les permitiera ahorrar para los días malos de la existencia. ¿Qué hacer ahora? ¡Ay, las pobres madres débiles!

Irene, metidita en cama, pasaba los días sin mejorar. El caldo que le daban era malo y sus pulmones, necesitados de cuidados exquisitos, iban sintiendo los efectos de una granulación dolorosa.

Pasaron los días. Ajenos a la enfermedad de Irene, Julia y Celedonio quisieron poner a su amor el epílogo de siempre: la tontería.

E inflamados por extraviadas lecturas se dispusieron a fugarse una noche de sus hogares. Cele apoyó una escalera en el balcón de su novia para que ésta descendiese como una princesa romántica. Pero los tiempos cambian y ahora se vigila más que en el siglo XVIII.

El vigilante sorprendió a los novios, y aunque el escándalo no fué grande, fué lo bastante crecido para que los vecinos se dieran por enterados. Doña Gertrudis tuvo un disgusto enorme ante la fuga fracasada de la romántica. Y como era preciso evitar que aquello tuviera trascendencia, la madre ordenó inmediatamente el matrimonio de los dos tórtolos.

Unos días después, cumplidas las amonestaciones, Cele y Julia se casaban e iban a emprender un corto viaje de novios.

Habían alquilado un pisito destartalado y frío donde cobijar sus amores. Y doña Gertrudis se sintió más sola que nunca con Irene.

Pasaron algunos meses. Soledad continuaba en el sanatorio, y de vez en cuando recibía largas cartas del obrero Juan, en que éste exponía sus afanes de un mañana venturoso.

Soledad pensaba a veces en su familia... ¿Qué se-

ría de ellos? ¡Ay, su madre, sus hermanas! ¡Qué ceguedad la suya!

Cierto día, don Luis de Gerona fué a ver las obras que se realizaban en el sanatorio.

Llamando a Soledad, sin poder ocultar los sentimientos que le embargaban, le dijo cariñosamente:

—Como estoy muy contento de sus servicios, quiero mejorarla de sueldo. ¿Quiere usted venir a mi casa como secretaria?

Ella aceptó reconocida, pensando que de este modo estaría más cerca de Juan.

Y pocos días después daba Soledad el último adiós a los enfermos del sanatorio, que salieron todos a las galerías a despedir al ángel bueno que marchaba.

Al día siguiente, Soledad Méndez de Castejón ocupaba el cargo de secretaria particular del vizconde de Moncada.

Soledad, dondequiera que iba, conquistaba el afecto y la simpatía que su manera de ser merecía. Y no tardó mucho en convertirse en la niña mimada de las oficinas del vizconde.

Juan había llegado a ser encargado de la fábrica y un porvenir de brillantes horizontes se abría para el joven enamorado. Pronto podría casarse con Soledad, fundar el hogar soñado por todo hombre fuerte y trabajador.

Entretanto, con el transcurso del tiempo, Celedonio y Julia se veían convertidos en padres. Nació el primer hijo, la primera bendición para su hogar...

Y allá en su casa del Madrid viejo, doña Gertrudis, que veía como poco a poco todo iba desmoronándose, sufría al comprobar que Irene no se restablecería, ni mucho menos.

El reposo era absoluto pero la alimentación no podía ser abundante.

—Es necesario un sanatorio — decía el médico.

—Pero ¿cómo, doctor?

—Yo conozco una institución admirable... Pero ¡es tan difícil entrar en él sin una recomendación importante!...

El médico quedó encargado de redactar la instancia que firmaría Irene.

Y entretanto, en casa del vizconde de Moncada, Soledad seguía realizando a las mil maravillas su papel de secretaria.

El vizconde se encontraba también enfermo. Y a medida que enflaquecía, el amor por Soledad iba adquiriendo más fuerza, más vida en su alma... ¡Quién sabe si el cariño sería el remedio a su dolencia!... Pero... no se atrevía... aquella tos... aquel pecho roto...

Algunas veces, mientras ella escribía a máquina, el vizconde había sentido la tentación de estrecharla entre sus brazos, de confesarle toda la verdad. Pero veía a Soledad indiferente con su trabajo, sin sentir por él otra cosa que el sentimiento de la gratitud... Y tenía miedo...

Cierta tarde, el vizconde recibió la visita de Juan.

Parecía preocupado. Miró algunas veces al vizconde, empezó una frase, pero la cortó. Luego contemplaba a Soledad, que estaba en la habitación cercana, y sonreía...

—¿Qué me tienes que decir, que lo piensas tanto? —advirtió el señor de Moncada.

—Don Luis — dijo finalmente el mozo—, yo le debo el bienestar, la vida, todo. Yo necesito que usted me aconseje. Estoy enamorado de Soledad...

Algo, un nudo en la garganta, ahogó al vizconde. ¡Enamorado de Soledad, de la mujer que él amaba! ¡Y era un empleado de su casa, un obrero, el que se haría dueño de aquella criatura fragante!

Cerró un instante los ojos, apenado, dolorido... Luchar... ¿para qué?

—¿Y Soledad lo sabe?... ¿Te quiere? — preguntó.

—Sí, señor vizconde...

El noble vió con la imaginación a Juan, fuerte de



m: gustaría veros unidos y dichosos.

carnes, plenas y robustas, una afirmación de vida poderosa y sana. Y se vió a él mismo, débil, atormentado por una enfermedad mortal, sin esperanzas de ponerse bien... ¡Qué pena tan grande! ¡Y el amor es el regalo de los fuertes, de los que tienen salud!

Lentamente se acercó a Soledad, que estaba escribiendo a máquina.

—Lo sé todo — dijo con un esfuerzo supremo—. Me parece muy bien y me gustaría veros unidos y dichosos.

— ¡Don Luis... don Luis — dijo — que bueno es usted!

Aquella misma tarde, una sensación bien distinta acojonó a Soledad. Con lágrimas en los ojos, mostró a don Luis un documento. Era la instancia de su hermana Irene.

Irene Méndez de Castañón, de cincuenta años de edad, de estado soltera, habitante en Madrid, Maldonado, 5, solicita su ingreso en el sanatorio, según dictamen médico que acompaña...

— ¡Mi hermana... mi pobre hermana! — gemía.

— No se apure, Soledad; su hermana ingresará inmediatamente en el sanatorio y usted misma será su enfermera...

— ¡Que gran corazón tiene usted, señor vizconde! ¿Qué bueno es usted!... ¿Cómo pagarle...?

El hizo una mueca amarga. ¿Pagarle? Y sonrió tristemente mientras se alejaba de allí.

Soledad olvidó que había sido expulsada de su casa, y fué para su hermana Irene que había ingresado en el sanatorio, su enfermera más bondadosa.

Ante el cuadro de dolor de aquella Irene hacinada y doliente, desapareció el pasado y Soledad se reconcilió con los suyos.

Doña Gertrudis moraba de emoción. Gracias a esta hija, a quien ellos habían desdenado, Irene podía entrar en el sanatorio, recobraba la salud, volvía a la vida... Y ahora se arrepentía de haber obrado mal con aquella muchacha que encontraba en el trabajo su premio. Temía que recurrir a ella en el momento supremo... Porque Soledad, olvidándolo todo, le entre-

gaba dinero para que pudiera hacer frecuentes viajes al Guadarrama y visitar a su hija.

Don Luis empeoraba rápidamente. El sacrificio ahogado de su amor exacerbaba dolorosamente su enfermedad. No podía apenas moverse del lecho. Y el doc-



Soledad se reconcilió con los suyos.

Y desde el día en que el vizconde ingresó en el sanatorio, Soledad no se separó de la cabeza del enfermo, se hallaba este escribiendo cosas del enfermo, y ella cuidaba su madre. Soledad no se movía del lado de su protector, velando su agitado rostro con el más que un beso.

Esta vez, sin embargo, padecía de morir. Soledad estaba en su lecho mirando los trajes. Se movía si

protector, aquel que había sido un padre para ella. Y sin dominar sus impulsos le acarició una mano con un sentimiento filial, de inmensa gratitud. Y murmuró:

—¡Sálvale, Dios mío, sálvale!...

Don Luis había escuchado aquellas palabras. Y aquel sentimiento de Soledad hacia su protector, aquellos ojos que miraban compadecidos cuando creían no ser vistos, bastaron al vizconde para bendecir su vida triste. No, ya no se sentía tan solo. Soledad se interesaba por él, con amor de hija... Alguien le amaba en la tierra...

Abrió los ojos y sonrió dulcemente a su enfermera.

La llegada de Juan cortó aquel diálogo sin palabras. Llegó el obrero alegre y orgulloso. De todas partes se recibían telegramas y cartas elogiando la gestión del nuevo gerente, cargo que le había confiado el vizconde al partir éste de Madrid.

El vizconde sonrió a los enamorados. Se alegraba de su dicha, de su felicidad. El les protegería en todo, para siempre. Don Luis, hombre noble y generoso, herido por una enfermedad mortal, sentía hacia los que le querían un reconocimiento sin límites.

Juan y su novia salieron de las habitaciones para contarse en secreto sus anhelos... Y don Luis quedó casi llorando, sollozando por la vida que él no tendría nunca, pero contento de haber esparcido por doquiera el bien...

Unos días después, cuando Soledad entró en la alcoba del enfermo, se hallaba éste escribiendo su testamento.

—Esto se acaba, Soledad — le dijo tristemente—. Poco vale mi vida, que no fué más que un perpetuo sufrimiento, pero la obra por mí comenzada sí la considero importante... ¿Quiere usted continuarla? He

mandado llamar a Juan... quiero hablar con usted...

—No piense usted en esto, don Luis. Usted vivirá aún muchos años.

—No... voy a morirme... me siento morir...

Llegó Juan, y el vizconde les entregó el testamento. Les dejaba la fábrica y el sanatorio como premio a su existencia honrada.

Sonreía a los dos novios. No les tenía rencor alguno porque se amaban. Sabía que el amor era un sentimiento divino que estaba por encima de todas las gratitudes. Además, nunca quiso que Soledad sospechara de él. Se llevaría su secreto a la tumba, nadie lo sabría...

Y cerrando los ojos en el momento supremo de su muerte, el vizconde veía convertido en realidad el sueño de su vida toda. Vió junto a él a Juan, el hombre varonil, trabajador y honrado, valiente y digno. Vió a la mujer inteligente y bella, amorosa y humilde, esposa y madre. Y uniéndolos, supo que fundaría una nueva humanidad, la verdadera, la firme...

—Amaos mucho — les dijo con voz ya desfalleciente—. ¡Y... no me olvidéis!

Don Luis... — decía Soledad limpiándole el sudor frío de su frente—. Usted debe vivir aún, muchos años; anímese, volverá a ponerse bueno...

El vizconde la miró con unos ojos llenos de amor... ¡Adiós, dulce Soledad!... E hizo una mueca y quedó muerto.

Y Soledad y Juan rezaron una oración por su generoso y noble protector, de quien nunca conocería el terrible secreto de su corazón...

Pasó el tiempo.

Irene se restableció. La salud la había vuelto a la vida...

Y doña Gertrudis y las dos muchachas tuvieron que reconocer que sólo el trabajo es lo que constituye

la fuerza de la vida, el motor de las grandes victorias.

Soledad, casada por amor con Juan, era ahora millonaria, habiendo heredado con su marido las riquezas innumerables del vizconde.

Casadas todas ellas, también Irene con Perucho, una nueva generación, Méndez de segundo apellido, iniciaba su afición al trabajo en sus juegos infantiles.

El ejemplo de Soledad les había servido a todos para confiar en el esfuerzo como único móvil de la existencia.

Dofia Gertrudis, comprendiendo, al fin, el error de su vida pasada, aconsejaba ahora bien a Irene y a Julia; cuando fuesen mayores todos sus nietos, niños y niñas, debían tener una manera de ganar su vida para que nunca más pudiera resucitar el recuerdo de los tiempos penosos de las de Méndez.

Y ellas juraban hacerlo así, fundando de esta manera una humanidad mejor...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

NOCHE DE BODAS

por HARRISON FORD, MARIE PREVOST, Etc.

Postal-fotografía regale: LARS HANSON

EN PREPARACIÓN:

HOTEL IMPERIAL

por POLA NEGRI

EDICIONES ESPECIALES

de la Novela Semanal Cinematográfica